ARTÍCULOS

JUAN LARREA, ARCHIVERO, BIBLIOTECARIO, ARQUEÓLOGO

MARÍA-FERNANDA IGLESIA LESTEIRO
Ex-Directora de la Biblioteca de la Universidad del País Vasco

A Vicenta Cortés, compañera, amiga, presidenta de los archiveros y bibliotecarios españoles.

El 13 de marzo de 1895 nació en Bilbao el poeta Juan Larrea Celayeta. Pensador, crítico de arte y arqueólogo, además de poeta, es, a juicio del profesor David Bary, tanto por su obra poética como por sus otras actividades, «una de las fuerzas más vivas y más interesantes de la cultura hispánica del siglo». «Maestro del futuro» le ha llamado Uruguay González Poggi. Para muchos, sin embargo, sigue siendo un perfecto desconocido, a pesar de que en todos los campos que tocó dejó una profunda huella.

Creador de *Cuadernos Americanos,* sin duda la primera revista cultural de Hispanoamérica, fundador de la Junta de Cultura Española, que habría de facilitar la emigración y la integración de los intelectuales españoles en aquel continente, especialmente en Méjico, director de *España Peregrina,* la revista que integró a las más altas voces de la emigración, es también autor de una importante obra de poesía y pensamiento y formador de una gran colección arqueológica incaica, donada por él al pueblo republicano español, que es el origen del actual Museo de América, en Madrid.

Hablar del conjunto de su obra excedería con mucho los límites de un artículo de revista. Queremos aquí solamente destacar alguno de los aspectos más importantes de ella, así como una de las facetas menos conocidas de Larrea: su calidad de miembro del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, profesión que abandonó muy pronto y a la que, por una de esas coincidencias tan frecuentes en su vida, habría de volver y en la que habría de profundizar para sus trabajos sobre arqueología precolombina y, más tarde, para sus proyectos de creación del Museo y Biblioteca de Indias, en Madrid, y de la Biblioteca de América, en Méjico.

Se ha empezado a estudiar recientemente al Larrea poeta. El hecho de

que haya dejado una obra poética importante, enigmática, discutida, ha hecho que se haya olvidado la otra cara de su personalidad, la de investigador en los campos de la cultura histórica, de la interpretación, de la documentación. Se ha olvidado el buen profesional que fue.

Yo conocí a Larrea en enero de 1978, cuando vino a Bilbao, traído por los hombres de El Sitio y por la Editorial Cuadernos para el Diálogo, a presentar su libro *Pablo Picasso: Guernica*, dedicado a desentrañar algunas de las claves del controvertido cuadro, de cuya elaboración y significado era él el testigo más cualificado y el más autorizado intérprete. Para entonces llevaba años de correspondencia con él, al que me había dirigido, como amigo entrañable y compañero que fue de mi padre, Ramón Iglesia Parga, archivero como él y exilado como él, y en mi calidad también de miembro de ese mismo Cuerpo y directora entonces de la Biblioteca de la Universidad del País Vasco, por cuya estructura y organización Larrea había mostrado un gran interés, como bilbaíno y profesional que era del oficio. A través de esos años de correspondencia, su generosidad me permitió ir haciéndome con la totalidad de sus libros, entonces prácticamente inencontrables, libros todos ellos con preciosas dedicatorias, algunas de las cuales valen por un poema de los suyos.

Pude así ahondar en el conocimiento de Larrea, interesada especialmente en su aspecto humano, –buceando en lo que su obra tiene de autobiográfica– y en su colección incaica y sus investigaciones arqueológicas, así como en sus proyectos bibliotecológicos y museísticos, intereses a los que me llevaba mi profesión y las afinidades y coincidencias que unieron a Larrea con mi padre, ya que fueron las suyas unas vidas ostensiblemente paralelas: ambos profesionales de los mismos saberes y aficiones, ambos exilados en París, en Méjico y en los Estados Unidos, donde ambos disfrutaron de sendas becas Guggenhein así como de la Bollingen Foundation, ambos colaboradores de las mismas revistas: *Tierra Firme*, de la que mi padre fue Secretario, *Romance*, *España Peregrina*, *Cuadernos Americanos*, revista esta última, de la que fue Secretario Larrea; ambos estudiosos del pasado americano, Larrea más volcado al estudio de las culturas aborígenes, y mi padre a la historia de la Conquista y al estudio de las fuentes: *El hombre Colón*, *Cronistas e Historiadores de la Conquista de Méjico. El Ciclo de Hernán Cortés*, *Baraja de cuatro crónicas*, etc.

Larrea, después de seguir la carrera de Filosofía y Letras en Deusto, donde conoció a Gerardo Diego, y de licenciarse en Salamanca, ingresa, en las oposiciones de 1921, en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, «cuerpo selecto en cuyas filas se hallan las más distinguidas figuras de nuestra cultura hasta bien entrado el siglo XX» –Claudio Sánchez Albornoz, Eduardo de Hinojosa, José Ramón Mélida, Enrique Lafuente Ferrari, Tomás Navarro Tomás, Santiago Montero Díaz, José Moreno Villa, Miguel Artigas y tantos otros– según ha escrito Pilar Faus. Es destinado al

Archivo Histórico Nacional, Centro en el que ocupa el cargo de Secretario, así como el de jefe de la Sección de Órdenes Militares, y donde tiene, a su vez, como jefes a Miguel Artigas Ferrando y a Miguel Gómez del Campillo.

En diciembre de 1921 conoce en el Ateneo de Madrid, a donde acude en compañía de Gerardo Diego, a Vicente Huidobro, que ha de influir decisivamente en el cambio que se va a producir en su vida. Inicia a continuación una proficua correspondencia con él y en agosto de 1923 pasa unas vacaciones en su compañía en Chatelaillon-plage. Terminadas éstas, Huidobro le invita a acompañarle a París, donde le pone en contacto con las figuras más destacadas de la vanguardia estética, entre otros con Robert Desnos, Jacques Lipschitz y Tristán Tzara. El contacto con ellos produce en Larrea un súbito deslumbramiento, que aumenta con el conocimiento, al año siguiente, de César Vallejo, que tanto va a influir también en su vida y en su obra. Tres poetas, pues, Gerardo Diego, Huidobro y Vallejo, ayudaron a descubrir el poeta que Larrea llevaba dentro, le impulsaron en la dirección en la que él iba por un designio supremo. Porque la obra poética, ya lo dejó muy claro en *Orbe,* está estrechamente ligada a la vida del poeta. Como ha escrito magistralmente Amado Alonso, en *Vida y creación en la lírica de Lope,* «las relaciones entre la experiencia vivida y la experiencia poética, entre el flujo subjetivo e irreversible del vivir y la objetivación modeladora del poetizar, no son nada simples; y tan ruinoso nos resulta prescindir de la vida del poeta, como tomarla ingenuamente por el **contenido poético** de la obra...»

Un buen día surge en él el deseo de abandonarlo todo y establecerse en París. En 1926 pide la excedencia y se traslada allí definitivamente, para «entrar en Poesía», como él dice, al modo como otros, y entre ellos muchos parientes suyos, habían entrado en Religión. «La poesía era para mí como una válvula de escape, un medio consolador, una sublimación de lo que no encontraba en el mundo». Gerardo Diego interpretó así su marcha, al despedirle desde el andén:

> Cuando, por fin, decides libertar tus amarras...
> Cuando –primera escala de tu viaje de bodas
> con la Poesía intacta– a París tiendes vuelo
> y rasgas impaciente las vestiduras todas
> de cinco años de célibe y de cinco de celo,
> permite, amigo mío, que mientras te acomodas
> en tu nupcial carruaje, yo te tienda el pañuelo.

París es, pues, la ciudad que marca un hito decisivo en la vida y en el mensaje trascendente de Larrea. Otras ciudades que le influirían también serían el Cuzco, Méjico, Nueva York y Córdoba, en la República Argentina. París simboliza su encuentro con la Poesía absoluta y la ruptura con todo

lo que había sido su vida hasta aquel momento. Es el mundo de *Orbe,* el bucear en el laboratorio estético de las vanguardias.

Cuzco significa su descubrimiento de la arqueología incaica y, de alguna forma, su reencuentro con su abandonada profesión de archivero, bibliotecario y arqueólogo. «Los restos arqueológicos complementarios, las cerámicas, los metales, las maderas de origen precolombino, hasta entonces completamente ignoradas, ejercieron sobre mí un género de seducción difícilmente explicable...»

Méjico significa la Hispanidad, el encuentro de los dos mundos: España y América. El acceso a un nuevo horizonte cultural y a un nuevo concepto de la historia, de una historia sentida desde las nuevas tierras de América, el continente del futuro, llamado a equilibrar los dos bloques continentales del Viejo Mundo: Asia-Oceanía y Europa-Africa. Méjico centra la etapa de las meditaciones que llevan a *Rendición de Espíritu.*

Nueva York, el mito de Santiago y Prisciliano, que abrirá un horizonte inmenso en la especulación teórica de Larrea; que le lleva a explorar los orígenes del cristianismo y a escribir ese libro subvertidor, verdadero *tractatus theologico-politicus,* que es *La Espada de la Paloma.*

Y Córdoba, ese mismo mito llevado a su últimas consecuencias y, además, la profundización en la obra de Vallejo, «héroe y mártir indohispano.» En Córdoba publica algunas de sus grandes obras teóricas y los trece volúmenes de *Aula Vallejo.*

En febrero de 1930, como él nos cuenta en su *Corona Incaica,* «el que esto escribe llegó al Perú, embarcado, como **aventurero del espíritu**, en un destino en que la poesía había asumido vigencias absolutas». ¿Qué pudo motivar este viaje a las raíces del Incario? «Su meta era Juli, a orillas del lago Titicaca, pero los acontecimientos opinaron diversamente, remitiéndole desde Arequipa, excelsa cuna donde nacer, –donde nació su hija– y tras meses de altiplanicie, al Cuzco... Allí fue requerido por las palpitaciones indecibles de esa ciudad cuyas calidades mestizas había amado previamente en la persona fraterna de César Vallejo».

Se siente profundamente subyugado por esta ciudad, por sus restos arqueológicos, especialmente por los que se incluyen entre las llamadas artes decorativas e industriales. Poco después, por circunstancias que él considera misteriosas y fuera de la lógica natural, se ve dueño de una importantísima colección de antigüedades incas, en la que invierte toda su fortuna, incluída una importante herencia que acaba de recibir. «¿Por qué curioso conjunto de elementos, dice en *Orbe,* yo mismo he sido conducido al Cuzco y allí mezclado en este asunto de antigüedades incaicas, que desde el primer momento se me apareció como extraño, automático, preñado de significación y decisivo?»

Y añade en *Corona Incaica:* «Se vio así inesperadamente en posesión de un caudal nada común de objetos por él escogidos de entre las piezas

arqueológicas que, con miras a su compra por el Estado, venían seleccionando, a su vez, diversos anticuarios locales, algunos desde hacía un cuarto de siglo... Como desde el principio, la colección creció, con el refuerzo de cuarenta personajes en turquesa, cualitativamente. De entre los subcimientos de la Iglesia de la Compañía, surgió al poco, por circunstancias sólo una vez posibles, una cabeza de piedra singular en extremo. Con ella adquirió la Colección el vértice de su figura excepcional. Quedó como una obra de arte concluída.»

En circunstancias igualmente extrañas y azarosas, esta colección le acompaña a su vuelta a Europa, en 1931. La «Colección J. L.», que así se llama, causa admiración entre los entendidos, hasta el punto de que el gran etnólogo Paul Rivet decide inaugurar con ella la nueva rotonda del Palacio-Museo del Trocadero, de París. La Exposición obtiene un gran éxito. Se expone a continuación en Madrid, en la Biblioteca Nacional, y en Sevilla, en 1935, con ocasión del XXVI Congreso de Americanistas.

El éxito de las Exposiciones de Madrid y Sevilla y el entusiasmo y laboriosidad de Larrea, favorecen el que el 30 de setiembre de 1935 se cree, a iniciativa suya, la Asociación de Amigos de la Arqueología Americana, para cuya presidencia se designa a Rafael Altamira, catedrático de Historia de las Instituciones Americanas y Vocal del Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, y cuya Secretaría ostenta Larrea, siendo vocales, entre otros, Miguel Artigas, Antonio Ballesteros, Manuel García Morente y Ricardo de Orueta.

El primer proyecto de esta Asociación fue la fundación de un Museo y Biblioteca de Indias, en la recién creada Ciudad Universitaria de Madrid, creación sugerida por el Embajador del Perú don Juan de Osma en el acto de inauguración de la Exposición Juan Larrea, en Madrid.

La guerra civil, que estalla en 1936, deja estos planes en suspenso. En setiembre de 1937, Larrea y su mujer ceden al Gobierno de la República, en Valencia, su colección completa, «para el pueblo republicano español». Un Decreto del 12 de octubre del mismo año, firmado por Azaña y el Ministro de Instrucción Pública y Sanidad, el comunista Jesús Hernández, crea el Museo y la Biblioteca de Indias. El texto del Decreto, redactado por Larrea y Tomás Navarro Tomás, Director a la sazón de la Biblioteca Nacional, es el que, por su gran interés, se transcribe a continuación:

«La gran lucha que sostiene España en defensa de los fundamentos mismos de su cultura, obliga a su Gobierno a velar por cuanto con ésta se relaciona. Por eso, una de sus vivas atenciones se proyecta hoy sobre el porvenir cultural hispanoamericano, con el que lo español se encuentra tan profundamente unido. De aquí que, al llegar el Día de la Fiesta de la Raza, en el que se conmemora la grandeza de aquel pueblo que fue nuestro y se hizo de todos, y que, en un impulso eminentemente colectivo, dió vida y universalidad al Nuevo Mundo, quiera el Gobierno de la República, por una parte,

ofrecer a la hermandad americana una prueba cierta del interés que el conocimiento, no solo de cuanto en esos países es de estirpe hispana, sino de aquello otro que les es propio y privativo, despierta hoy en la nueva voluntad cultural española, y por otra parte, recoger y completar lo que hay de mejor en la tradición, exaltando el valor de la obra llevada a cabo por soldados y misioneros que en crónicas y relaciones describieron las modalidades de las culturas aborígenes, de tan elevado interés científico como artístico.

A este propósito, y en el convencimiento de que nada puede haber más fecundo y digno de los pueblos cuya fiesta se celebra que la creación de un instrumento de trabajo ordenado a un alto fin de cultura, el Gobierno de la República siente hoy la satisfacción de recoger y dar realización a una vieja idea española, colmando al propio tiempo los deseos formulados por el XXVI Congreso Internacional de Americanistas, que recabó de los poderes públicos la creación en Madrid de un Museo de Indias.

El Gobierno de la República está seguro de contar, para esta empresa, con la colaboración de los Gobiernos Iberoamericanos, siempre dispuestos a contribuir a toda obra generosa. Por ello, de acuerdo con el Consejo de Ministros, y a propuesta del de Instrucción Pública y Sanidad, vengo en decretar lo siguiente:

Art. 1º.- Con fecha 12 de octubre de 1937 se crea en Madrid un Museo de Indias, en el que tendrán cabida todos los materiales arqueológicos, históricos y artísticos, originales y reproducidos, procedentes de América y antiguas posesiones españolas de Ultramar y tanto de la época precolombina como de la colonial.

Art. 2º.- La base de este Museo, llamado a adquirir un gran desarrollo, estará formada por los fondos de la Sección Etnográfica Americana y Filipina del Museo Arqueológico Nacional y por la colección de antigüedades peruanas donada recientemente por D. Juan Larrea.

Art. 3º.- Se crea asimismo una Biblioteca de Indias, destinada a reunir el patrimonio espiritual, impreso y manuscrito, de América y antiguas posesiones de Ultramar, de la que formarán parte: a) Cuantos libros hayan visto la luz en aquel Continente e Islas Filipinas, hasta el fin de la colonización. b) Los procedentes de cualquier lugar y época de contenido americano o filipino. c) La producción bibliográfica moderna que sea expresión de la vida espiritual americana y filipina.

Art. 4º.- La base de esta Biblioteca estará compuesta por los fondos impresos y manuscritos de las Secciones de Ultramar e Hispanoamericana de la Biblioteca Nacional y por los demás fondos referentes a América y antiguas posesiones de Ultramar que puedan ser desglosados, tanto de la Biblioteca Nacional como de las demás bibliotecas.

Art. 5º.- La organización y servicio de estos establecimientos estarán encomendados al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

Art. 6º.- La Dirección General de Bellas Artes dictará en su día las disposiciones complementarias para la mejor ejecución de este Decreto.

Dado en Valencia, a 28 de octubre de 1937. –Manuel Azaña.– El Ministro de Instucción Pública y Sanidad, Jesús Hernández Tomás.»

La idea de crear un Museo de Indias es muy antigua. Ya en el siglo XVI, Francisco de Toledo, Virrey del Perú, propuso a Felipe II que dedicase algunas salas de su recámara y real armería para las antigüedades y objetos preciosos del Nuevo Mundo. El Rey desoyó este ruego y las valiosas piezas traídas por el Virrey se perdieron, lo mismo que se habían perdido las enviadas anteriomente a Carlos V, que mandó fundir las magníficas piezas de orfebrería que le habían enviado los conquistadores del Perú. Sus sucesores siguieron las mismas pautas; ni siquiera Felipe V y Carlos III supieron modificarlas. El interés por los restos de las culturas aborígenes no surge hasta bien avanzado el siglo XVIII. Es entonces cuando esta situación es denunciada por Antonio de Ulloa en la introducción a sus *Noticias Americanas,* publicadas en Madrid en 1777.

La Colección Juan Larrea, cedida al pueblo español como elemento fundamental del nuevo Museo, está constituída por un conjunto de objetos arqueológicos –más de 600 piezas–, pertenecientes casi en su totalidad a la cultura del Tahuantinsuyu. La cerámica, las maderas policromadas, la talla de piedras duras y preciosas, la metalurgia, la cestería y el arte textil, se hallan representados por ejemplares de enorme interés científico y artístico, hasta el punto que el redactor de arte de *Le Temps* llegó a decir con motivo de su exposición en París «que ningún Museo del mundo tiene nada equivalente.»

Destacan especialmente las cerámicas, 150 piezas que han podido compararse con las de Tirinto y Micenas, con las que guardan sorprendente analogía. Los vasos de madera policromada, 65 piezas que, por su variedad de formas y por su riqueza ornamental, resultan excepcionales, las 39 figuras talladas en turquesa y, por último, la gran cabeza humana en granito, único ejemplar conocido de la estatuaria incaica, quizás efigie del divinizado emperador Huirakocha, y una serie de objetos y figuras humanas y de animales tallados en piedras duras.

La dedicación a esta Colección, por una de esas extrañas coincidencias tan frecuentes, y tan fecundas, en la vida de Larrea, le hizo volver a su olvidada profesión. «Las exposiciones –nos cuenta– hicieron al que esto escribe recurrir a las técnicas de su abandonada profesión de archivero, bibliotecario y arqueólogo; analizó, compulsó y extractó crónicas, revisó, palabra por palabra, los antiguos vocabularios y después los recientes, anduvo a caza de manuscritos, leyó y estudió, hasta donde le fue posible, monografías y tratados científicos en varios órdenes de la cultura tocantes a lo indígena de América del Sur...» Así se convierte en uno de los grandes entendidos en arqueología precolombina.

Paralizado el proyecto del Museo por la guerra, será el General Franco el que lo lleve a cabo años más tarde, mediante Decreto de 19 de abril de 1941, firmado por el Ministro Ibáñez Martín, por el que se constituye el actual Museo de América, uno de cuyos fondos más notables, –aunque en el Decreto no se mencione- sigue siendo la Colección Larrea.

La guerra de España sorprende a Larrea en París, donde ocupa el cargo de Secretario de la Junta de Relaciones Culturales, agregada a la Embajada Española en aquella capital. En marzo de 1939 promueve la fundación de la Junta de Cultura Española, que agruparía a las figuras más eminentes de la emigración republicana entonces en París. «Actué en ella –me dice en carta de 1960–, primero como Secretario y, trasladado a Méjico, como uno de los tres Presidentes que disparatadamente se constituyeron allí. Planeé y dirigí entonces la publicación mensual *España Peregrina* y redacté su manifiesto, documento quizá sin parangón en la historia. Torpedeada esta revista desde dentro, y maltrecha la Junta –terribles desdichas de la emigración–, me fue dado promover, contra viento y marea, la publicación de *Cuadernos Americanos,* que estructuré, y sobre cuyo destino velé directamente como Secretario –y haciendo de hombre orquesta– mientras me fue posible (1942-1949)».

Efectivamente, en 1939, en el vapor Sinaia, arribaban a Méjico desde Francia, doscientos intelectuales españoles, entre ellos los que componían la Junta de Cultura Española. Como Larrea, muchos compañeros del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos fueron al exilio; así Claudio Sánchez Albornoz, José Moreno Villa, Juan Vicéns de la Llave, Agustín Millares Carlo, Tomás Navarro Tomás, mi padre Ramón Iglesia, y tantos otros. Algunos de los que se quedaron en España fueron condenados a la cárcel, al ostracismo o al silencio; es el caso de María Moliner, de María Brey Mariño, de Fernando Valls y de otros.

La emigración intelectual española se dirigió especialmente a Méjico, cuyo Gobierno se había mostrado particularmente generoso con los españoles exiliados. Allí, en 1938, gracias al Gobierno mejicano presidido por el General Lázaro Cárdenas, se había creado la Casa de España, germen del que luego sería el Colegio de Méjico. En 1940 se crea la Casa de Cultura Española y se proyecta la creación de un Museo del Pueblo Español. Larrea propone la creación de una gran Biblioteca de América desde las páginas de su revista *España Peregrina.* Esta revista, creada en febrero de ese mismo año, fue dirigida, hasta su desaparición, por Larrea y en ella colaboraron José Manuel Gallegos Rocafull, Eugenio Imaz, Corpus Barga, Ernesto Halffter, Agustín Millares, Tomás Navarro Tomás, Pablo Picasso, Ramón Xirau, Luis Santullano, mi padre, etc. Publicó textos polémicos, manifiestos, noticias de España, –bajo la rúbrica *Memorias de ultratumba–,* poemas y otros trabajos. Millares escribió en ella unos apéndices bibliográficos de gran interés. El título de la revista se debe a

Bergamín, según él mismo cuenta en el prólogo a su libro *De una España Peregrina.*

«*España Peregrina* representó, como pocas revistas, el derecho de gentes –ha escrito Ramón Xirau–, pero además fue una espléndida muestra de aventura del pensamiento y de aventura hacia la belleza. En ella se publicaron por primera vez *España, aparta de mí este cáliz,* de César Vallejo, *Grito hacia Roma* e *Iglesia abandonada,* de Federico García Lorca –ambos en aquellos días poemas inéditos, que formarían parte de *Poeta en Nueva York*–, poemas de Luis Cernuda, de Pablo Neruda, de Emilio Prados, de León Felipe, etc».

En *España Peregrina* están en germen muchas de las ideas que desarrollaría Larrea más tarde; en efecto, en la revista se están gestando, ante los sucesos terribles que viven los españoles, las nuevas ideas de Larrea, su compromiso ético, su nueva concepción de la historia. «Quien lea la revista con atención –prosigue Xirau–, verá que en ella Juan Larrea, nacido al ultraísmo, prepara aquí, en una serie de artículos, su idea de la historia, una historia que conduce a nuevas tierras, las nuevas tierras de América; historia del espíritu, que Larrea desarrollaría más tarde en sus libros.»

La confluencia de los emigrados españoles, con su aguda nostalgia de la patria, y los hispanoamericanos, les dió la conciencia del extraordinario fenómeno que estaban viviendo, el de una gran hermandad cultural de todos los pueblos que se expresan en español. Larrea fue un meditador de ese sustrato español que aflora entre las raíces de los pueblos de América: la Hispanidad, idea elaborada en exclusiva por mentes vascas. Así un vasco, Hipólito Irigoyen, Presidente de la República Argentina, creó la Fiesta de la Raza Española; otro, Ramón de Basterra, definió, sobre el mapamundi, un «patriotismo ecuménico», un «nacionalismo planetario español o Sobrespaña», en el espacio que se extiende «del Pirineo a Filipinas»; otro vasco, Zacarías de Vizcarra, el autor de *Vasconia españolísima,* inventó la gran palabra: Hispanidad, a la que atribuyó un contenido predominantemente espiritual, y otro, Ramiro de Maeztu, escribió su *Defensa,* en circunstancias ya prebélicas. Habría de ser finalmente otro vasco, nuestro Juan Larrea, quien diese a la esencia de lo español su dimensión culturalista, entendida de otro modo. «Somos la emanación del alma española, de su identificación con los valores humanos superiores».

En *España Peregrina,* de la mano de la Junta de Cultura Española, nació la idea de crear una gran Biblioteca de América y un Instituto Bibliográfico Hispánico, supranacional, que recogiera, organizara y publicara la totalidad de la Bibliografía Hispánica. Su proyecto, muy elaborado y maduro, fue expuesto por Juan Vicéns de la Llave. El Instituto podría ser creado bien por vía oficial, por los Gobiernos de los países interesados, bien por vía cooperativa, por todos los editores y libreros de los países de lengua española.

La bibliografía a reunir sería la siguiente: 1. Todos los impresos publicados en países de lengua española. 2.- Todos los impresos en español, publicados en otros países. 3.- Todas las traducciones de impresos de autores de lengua española a otros idiomas. 4.- Todos los impresos, sea cualquiera el pais y la lengua en que se publiquen, que traten de asuntos relativos a nuestros países, cultura y problemas.

Además del Instituto, Vicéns propone la creación de una Biblioteca Hispánica, donde hubiese al menos un ejemplar de cada uno de los impresos de las cuatro clases, que serían materia de la Bibliografía Hispánica. Pide que en todos los países interesados se disponga que se entregue a esa Biblioteca, como parte del depósito legal, un ejemplar de todos y cada uno de los libros que se publiquen en el país.

España Peregrina terminó su vida con el número 8-9, por dificultades económicas que el mismo Larrea nos cuenta en el Prólogo a la edición facsimilar de la revista, siendo sustituída por otra, *Cuadernos Americanos,* que había de ser la gran revista en lengua española del momento, «prolongación transfigurada de *España Peregrina*» e íntimamente ligada a las actividades de la Junta de Cultura Española, cuatro de cuyos miembros formaban parte de la Junta de Gobierno de la nueva publicación, cuyo primer número apareció el 1 de enero de 1942. Como director figuraba Jesús Silva Hertzog y Larrea como Secretario. La nueva revista nace con el apoyo y colaboración de la Universidad Autónoma de Méjico, de la Junta de Cultura Española, del Fondo de Cultura Económica y del Colegio de Méjico, institución que agrupaba a escritores españoles y mejicanos. La revista estaba encaminada, al decir de sus promotores, a fomentar un nuevo hispanismo, «más universal y más desnudo, adecuado al horizonte de América, siempre más amplio y menos obstruído por intereses seculares que el de Europa», en palabras de Bernardo Ortiz de Montellano.

En 1949 Larrea deja su trabajo en *Cuadernos Americanos* y se traslada a Nueva York. Para conocer lo que fue esta época de su vida, es interesante oírle hablar a él en la carta que me escribe el 26 de febrero de 1960: «Terminó entonces aquella etapa de mi vida en la que, prolongando mis escritos anteriores, venía documentándome para acometer el estudio de la formación del mito de Santiago de Compostela. Dada mi posición y las condiciones en que trabajaba y vivía, era inevitable la crisis que explotó en 1947-48. Solicité y obtuve, como antes Ramón, su padre, una beca Guggenheim para trasladarme a Nueva York, siéndome renovada al año siguiente. Caí en el mutismo de las ingentes bibliotecas norteamericanas, perdido como una gota de aceite en el maremágnum, con mis dos hijos a cuestas. Otra institución neoyorkina, la Bollingen Foundation, me becó después otros cinco años, de manera que, en ese septenario de vida rigurosísima, pude completar una especie de autodoctorado en el campo del ser de las culturas y del subconsciente de la nuestra, el cual, por sus criptas

y catacumbas, me llevó primero de Compostela a Roma y luego de Roma a Jerusalén, dándoseme a realizar descubrimientos históricos y culturales que a mí –excusará usted mi sinceridad– me parecen de trascendencia decisiva. En 1955 me decidí a entregar a la imprenta un adelanto de tales estudios. Así aparecieron en Méjico dos libros: *La Espada de la Paloma,* ensayo poético-cultural bastante voluminoso, y *Razón de Ser, (Tras el enigma central de la cultura)* que, aunque no pequeño, no puede competir en el tamaño con el anterior, pero en la práctica es como si los dos continuasen inéditos...»

Referente al mito de Santiago, hay un hecho que cuenta Larrea en su *Teleología de la Cultura,* que me interesa destacar. «Un año después de publicar ese libro, *Rendición de Espíritu,* donde exponía como corolario de estos y otros fenómenos una nueva concepción del mundo, recibí un día en *Cuadernos Americanos* la visita de un profesor español exiliado, que enseñaba a la sazón en una universidad norteamericana. En relación con estas cuestiones, me refirió que en Santiago de Compostela, donde había nacido, se susurraba que los pretendidos restos del Apóstol, venerados en su Basílica, no tenían nada que ver en realidad con los de semejante personaje histórico...» La descripción que hace del profesor exilado concuerda más con la de mi padre que con la de Ramón Martínez López –con quien lo identifica David Bary–, que entre otras cosas no era de Santiago sino de Boiro, y no era historiador sino catedrático de Literatura.

Es interesante también lo que en relación a su obra *Rendición de Espíritu,* me cuenta en su carta. «Viene a cuento con este motivo, hablarle de su padre. Porque en una primera lectura, éste pensó, según me dijo después, que *Rendición de Espíritu* era obra de un verdadero desequilibrado. Mas, no sé por qué, volvió a repasarla algo después hasta convertirse en uno de sus defensores más activos y tenaces. No se contentó con celebrar en la Universidad de Wisconsin un Simposium sobre dicha obra, sino que tenía anunciado un estudio acerca de ella, cuando por desgracia enmudeció para siempre.»

El desdén hacia la obra de Larrea fue moneda corriente entre los intelectuales españoles e hispanoamericanos. El propio Larrea nos cuenta que, en la época de *Cuadernos Americanos,* le llamaban «el loco de la buhardilla», aludiendo con ello a los desvanes del Instituto Luis Vives, donde inicialmente tuvo la revista su redacción.

En 1956 le es denegado el permiso de residencia en Estados Unidos, por estar cubierto con exceso el cupo reservado a los emigrantes españoles con los pastores vascos que emigran a Nevada, a quienes protege el ultraderechista senador Mc Carran. Pero dejémosle nuevamente hablar a él, siguiendo el hilo de su carta: «Cuando estaba pensando que iba a ser ya hora de restituirme activamente al mundo de lo hispánico, fuí requerido en 1956 por la Universidad de Córdoba, que intentaba reorganizarse tras la

revolución, para formar parte de su cuerpo docente. Aceptaron mis condiciones de dejarme en libertad para seguir dedicado a las investigaciones de mi especialización. Aquí estoy desde entonces, justificando mi presencia en esta Universidad de alumnado todavía corto y preparado insuficientemente, gracias a mi decisión de escribir y dar mimeografiados los cursos. Así se han redactado y distribuído ya dos gruesos originales: *Significado de América en el proceso histórico-teleológico de la Cultura,* y *Formación histórica del Cristianismo a la luz de los descubrimientos recientes.* Luego daré el del mito de Santiago de Compostela, así como otros complementarios. Gracias al incógnito en que vivo, me es posible llevar a cabo la tarea cuyo sentir real desconocía durante muchos años, pero que desde hace algunos ya no se me oculta.»

«Además, venciendo algunas resistencias, he logrado fundar en esta Facultad un Instituto del Nuevo Mundo para la investigación del futuro cultural de Hispanoamérica, que, si las cosas discurren por los cauces previstos, habrá de convertirse en un gran foco irradiador de cultura.» Y continuaba: «Hace dos años publiqué aquí, en colaboración con algunos estudiantes, una conferencia que estos me pidieron acerca de César Vallejo, bajo el título *César Vallejo, o Hispanoamérica en la Cruz de su Razón,* que dió lugar a un Simposium sobre el poeta peruano. Ahora tiene esta Universidad en publicación, además de los actos de dicho Simposium, otro libro mío, *Corona Incaica,* que aparecerá dentro de pocos meses». Y concluía: «Como verá, las actividades que me ha tocado realizar, no han sido banales ni escasas, ya que además se secundan con cursos como el que acerca de Rubén Darío y la nueva cultura americana dí en junio en la Escuela de Invierno de la Universidad de Santiago de Chile.»

La labor de Larrea en la Universidad de Córdoba fue cuestionada, en un determinado momento, por el Rector y algún miembro del Consejo de Gobierno, incapaces de reconocer el interés de sus investigaciones y estudios, así como del método empleado en ellos. Larrea, en un acto de valor, se enfrenta al claustro con decisión porque sabe que la razón está de su parte y que sólo la fuerza y la «autoridad» están del lado de sus perseguidores. En su obra *Teleología de la Cultura* defiende su causa, con argumentos que quedan para la historia. El libro es una justificación de su labor, de su hacer como poeta de la cultura. Tiene muy claro que puede ser expulsado de la Universidad, relegado a las tinieblas exteriores, –de hecho, ya ha sido apartado de toda función por el Rector, privado de toda tarea, a lo largo de diez y ocho meses- pero él no ceja.

> Podrán faltarle el aire, el agua, el pan.
> La fe jamás.

Lo que no puede es abdicar de su dignidad, hacer dejación de las ideas cardinales de su vida, por una cuestión *de pane lucrando.* Son años con-

flictivos aquellos (1964-1966), que le hacen sufrir mucho y le van minando la salud. El cambio político permite que la Universidad caiga en manos de unos políticos mediocres que, a su imagen y semejanza, sólo promocionan la mediocridad. Entregados a mezquinas querellas de campanario, han perdido de vista los altos fines de la Institución y desde las instancias de un partido concreto reservan los que consideran «cargos de confianza» a sus simpatizantes más ignaros. La Universidad, tal como ellos la conciben, es tan sólo una fábrica de titulados, una estricta escuela de formación profesional. Por ello las investigaciones que lleva a cabo Larrea les parecen carentes de contenido «pragmático». Premonitoriamente, así lo había expresado el mismo Larrea en una carta dirigida al Decano-Interventor, profesor Massuh, en febrero de 1956, todavía en Nueva York y en trance de emprender viaje a Córdoba: «Si con un criterio estatalmente burocrático se comprende a la Universidad como oficina de capacitaciones profesionales y académicas, según suele ser frecuente en nuestro mundo, mis ideas y aun mi persona, se han de ver en ella como en morada ajena. Pero si en cambio la Universidad no se limita a tales funciones sino que aspira a convertirse en laboratorio creador donde se vive la conciencia de la cultura... me parece que entonces sí pudiera yo desempeñar en ella un servicio interesante.»

La fuerza de sus argumentos se impuso. La Universidad se decantó –¡al fin!– a favor de Larrea, que fue restituido en su puesto. En 1966 fue nombrado profesor investigador, director de nuevo del Aula Vallejo y director del Centro de Documentación e Investigación César Vallejo, que sustituyó al antiguo Instituto del Nuevo Mundo. En Córdoba escribe algunos de sus sus grandes libros teóricos: *César Vallejo o Hispanoamérica en la Cruz de su Razón, Corona Incaica, Pablo Picasso: Guernica, Rubén Darío y la Nueva Cultura Americana,* y los trece volúmenes del *Aula Vallejo.* Y en Córdoba sigue tercamente trabajando hasta su muerte, ocurrida el 9 de julio de 1980.

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Juan Larrea:

– *Rendicion de espíritu.* México: Cuadernos Americanos, 1943.- 2 vols.
– PRADOS, Emilio.-*Jardin Cerrado...Ingreso a una transfiguración* por / Juan Larrea. México: Cuadernos Americanos, 1946.
– *La religión del lenguaje español.* Lima, 1951.
– *La espada de la paloma.* México: Cuadernos Americanos, 1956.
– *Razón de ser* (Tras el enigma central de la cultura). México: Cuadernos Americanos, 1956.
– *Teleología de la cultura. Sus formas históricas. Origen y proyecciones.* Curso introductorio. Universidad Nacional de Córdoba. Seminario de Historia. Córdoba, 1956. Programa del curso.

– *A propósito del nombre que William Blake asignó a América.* Córdoba (Argentina): Universidad Nacional de Córdoba, 1958.
– *Corona incaica.* Córdoba (Argentina): Universidad Nacional de Córdoba, 1960.
– *Pintura actual.* por / Herbert Read y Juan Larrea. Universidad Nacional de Córdoba, 1964.
– *Teleología de la cultura.* México: Los Sesenta, 1965.
– *Versione celeste.* Torino: Einaudi, 1969.
– *Versión celeste.* Barcelona: Barral, 1970.
– *Intensidad del canto errante.* Buenos Aires: Universidad Nacional de Córdoba, 1972.
– *César Vallejo, héroe y mártir indohispano.* Montevideo: Biblioteca Nacional, 1973
– *César Vallejo y el surrealismo.* Madrid: Visor, 1976.
– *Vicente Huidobro en vanguardia.* Madrid, 1979. Separata de la Revista Iberoamericana, núm 106-107
– *Al amor de Vallejo.* Valencia: Pre-textos, 1980.
– *Torres de Dios: poetas.* Madrid: Editora Nacional, 1982.
– *Juan Larrea:* Cartas a Gerardo Diego 1916-1980. San Sebastián: Cuadernos Universitarios, 1986.
– *Rubén Darío y la nueva cultura americana.* Valencia. Pre-textos, 1987.
– *Orbe.* Barcelona: Seix y Barral, 1990.

Bibliografía general:

– *Favorables París* poema. julio 1926-octubre. 1926. París. Periodicidad irregular.- 2 números.
– *España Peregrina.* febrero 1940-diciembre 1941. México: Junta de Cultura Española. 10 números.
– Aula Vallejo. Publicación periódica del Instituto del Nuevo Mundo. 1961-1974. Córdoba (R.A.) 13 números.
– Catálogo de la Exposición «Arte Inca» (Colección J. L.) por H. Trimborn y P. F. Vega. Biblioteca Nacional. Madrid, 1935.
– ALMAGRO, Martín. *Una colección de arte inca.* Madrid, 1935. Separata de la revista *Las Ciencias.* Año 2, núm. 3.
– Asociación Española de Amigos de la Arqueología Americana. Madrid. Breve historia de su constitución.- Madrid, 1935
– BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel.- *El Museo Etnográfico del Trocadero.* Madrid 1934-1935. Sep. del Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.
– Congreso Internacional de los Americanistas (XXVI. 1935 Sevilla). Sevilla, 1935.
– *Arte peruano.* Colección Juan Larrea. Madrid, 1935.
– Congreso Internacional de Americanistas (XXVI. 1935, Sevilla). Madrid, Imp. Bermejo (s.a.).

– *España.* Ministerio de Instrucción Pública. Dirección General de Bellas Artes. Protección del Tesoro Artístico Nacional. La Colección Larrea. Valencia: Junta Central del Tesoro Artístico, 1938.
– *Museo de América.* Guía de su instalación provisional. Madrid. 1944.
– SAN JUAN, Gregorio. *Noticia de Juan Larrea.* En Exposición de arte vasco. Baracaldo, 1972.
– BARY, David. *Larrea: Poesía y Tranfiguración.* Barcelona: Planeta, 1976.
– CAUDET, Francisco. *Cultura y exilio.* La revista España Peregrina (1940). Valencia, 1976.
– GURNEY, Robert. *La poesía de Juan Larrea.* Bilbao: Universidad del País Vasco. Servicio Editorial, 1985.
– *Al amor de Larrea.* Edición a cargo de J. M. Díaz de Guereñu. (Valencia): Pre-Textos, 1985.
– DÍAZ DE GUEREÑU, Juan Manuel. *La poesía de Juan Larrea, creación y sentido.* San Sebastián: Universidad de Deusto, 1988.